

APUNTES SOBRE LA VIVIENDA TRADICIONAL EN LA REGIÓN DE MURCIA

ANTONIO SÁNCHEZ VERDÚ
FRANCISCO MARTÍNEZ TORRES

En el conjunto de civilizaciones, la mediterránea presenta características determinantes tan propias, que a pesar de ser numerosos los pueblos asentados en sus riberas, la variedad de razas de sus moradores y las divergencias históricas vividas, han prevalecido rasgos comunes de identidad sobre el paso de los tiempos, y han guardado ciertos rasgos afines a todos ellos.

Hay que tener presente que a lo largo y ancho del Mediterráneo la dependencia del hombre con el agua y la necesidad perentoria de utilizar la irrigación artificial, ha marcado los pueblos ribereños de manera manifiesta en la concepción de la vivienda. Esta circunstancia, íntimamente vinculada a su esencia de pueblo dependiente del mundo agropecuario, no ha generado una uniformidad en los cánones arquitectónicos, pues es sabido que el hombre de estas latitudes se deja llevar más por su gusto espontáneo y su propia inventiva, que por imposiciones venidas del exterior.

La casa rural como manifestación genuina de la vida campesina es la expresión fisiocrática más contundente y donde mejor se expresan los rasgos temperamentales de la colectividad mediterránea. En la materialidad de su construcción ha reflejado el labrador, su perfecta adaptación al medio físico y por ende, ésta resulta ser la obra más vinculada a su propia existencia. No es de extrañar que la habitación campesina sea considerada como la parte del arte popular que más ha influido en todos los campos creativos.

A través de la vivienda suele expresarse la idiosincrasia de sus moradores: limitaciones económicas, fantasías, trabajos, capacidad organizativa, prioridades, sentido de la estética, sensibilidad, refinamiento... Es en la casa tradicional o popular donde se evidencia más claramente la dependencia del ser humano con su entorno geográfico, y el resultado de su cotidiana lucha por el dominio de la naturaleza. La vivienda labriega refleja como ninguna otra, la manera de ser de los pueblos y la forma de relacionarse, ya que ha sido realizada mediante soluciones estables de carácter general y con una gran libertad, especialmente en cuanto a espacios y parcelaciones se refiere.

Los rasgos de sociabilidad y de adaptación a los imperativos geográficos, de los que venimos hablando, se aprecian también en las ciudades, pero la dependencia de la vivienda popular con el marco medioambiental es más acusada y presenta una carga histórica más sobresaliente. Lampérez y Romea¹ dice al respecto: «*Las casas rurales ofrecen la dualidad de ser variables en lo social y permanentes geográficamente*». Las

¹ En su libro *Arquitectura Civil Española*. Tomo I. Pág. 31.

viviendas se suelen conservar mejor en los ámbitos de población urbana debido a la calidad de los materiales empleados en su construcción o simplemente por la mayor plasticidad que ofrecen a la hora de transformarse o adaptarse a las exigencias de las circunstancias. Sin embargo es la casa del campesino, labriego o ganadero la que más íntimamente se encuentra relacionada con el medio natural donde fue erigida. La mayoría de las veces su compenetración es tan estrecha con el paisaje, que llega a formar una simbiosis natural y entrañable, lo que convierte a la arquitectura vernácula, desde el punto de vista antropológico en un elemento prioritario e imprescindible para el conocimiento y estudio de la evolución social de una comarca.

No hay que obviar que las casas y de forma especial las aisladas se renuevan o transforman periódicamente y en una gran mayoría de casos desaparecen a causa del éxodo rural. Este fenómeno nunca fue óbice para que a través de generaciones permanecieran rasgos y características que demuestran que sus formas trascienden a los gustos y las modas como una constante legítima que entra a formar parte de lo que llamamos señas de identidad de un pueblo.

Vivimos unos momentos en que la construcción especulativa, la incorporación de ideas arquitectónicas desilustradas ajenas al entorno cultural y paisajístico, están conduciendo a la despersonalización del medio, junto al desprecio absoluto a este patrimonio de tan fuerte y legítima carga histórica. Habría que recuperar los rasgos fundamentales de la vivienda típica, evolucionada, modernizada y actualizada con todas las ventajas que garantizan la calidad de comodidad que el ser humano exige, pero conservando y rescatando la plasticidad, rasgos, pureza y naturalidad de antaño, tan enraizados en lo murciano, para no caer más tarde en el llanto de lo irremisiblemente destruido. J. Miguel del Rey² comenta:

«La abundancia de edificios construidos a partir de la idea de casas compactas se opone a los esquemas tradicionales de casas con patio [...] estos esquemas son utilizados por la llamada aristocracia o burguesía rural».

Estas directrices, impuestas por el poder económico emergente, no tienen más objetivo que el beneficio inmediato y el aprovechamiento especulativo logrado a espaldas de los intereses histórico-generales. Quedan enterrados así los logros de búsqueda y trabajo del mundo rural durante muchos siglos.

El levantamiento masificado de poblados con improvisados habitantes de aluvión, traicionando el cuadro geográfico, las formas tradicionales de vida y enajenándose de las estructuras sociales e históricas, con un desprecio absoluto a la utilización de materiales genuinos, propios del hábitat, pueden poner en quiebra el factor social, dañar el entorno medio ambiental y hasta la propia base en la que se sustenta la historia del pueblo.

El evitar que la especulación borre y haga desaparecer de las nuevas construcciones la carga histórica y su dependencia con el entorno geográfico, es apoyar el telurismo que a través de generaciones ha venido sentando las bases de un desarrollo

² Del Rey Aynat, J. Miguel. *Arquitectura rural valenciana*. Generalitat Valenciana. 1998.

coherente y que ha contribuido a que los pueblos puedan sentirse orgullosos de su lastre cultural tomando sus matices diferenciadores como norma de enriquecimiento.

Dentro de nuestra región se ha dado históricamente una variada tipología de viviendas de carácter rural, siempre pensadas al socaire de las necesidades de cada comarca y en función de elementos climáticos muy contrapuestos para una geografía de sólo once mil kilómetros cuadrados.

La barraca es un producto natural propio de zonas aluviales donde abunda el barro, la tierra arcillosa, las cañas y la paja. Esta forma de vivienda elemental característica de las huertas de Valencia y Murcia está considerada como una evolución de los refugios milenarios encontrados en la Camarga, Languedoc y Pirineos Orientales (Francia), en formas más perfeccionadas, en función de las exigencias del terreno y de los tiempos.

Esto ha originado una cultura de la vivienda a través de la historia que no puede dejar impasible a los que abogan por un desarrollo sostenido en las coordenadas de lo que constituye el ser de lo murciano. El reivindicar la personalidad adquirida a través de siglos y gustos tradicionales de nuestros antepasados, reunidos tan expresivamente en las viviendas populares, no significa estar haciendo una apología al inmovilismo.

El oponerse, por tanto, a la proliferación de amorfas urbanizaciones surgidas de forma bastarda, negando el tipismo, la tradición y el folclore de un pueblo, es reivindicar la herencia legítimamente de nuestro devenir histórico.

La llamada “cultura del ladrillo” destruye el ingenio de nuestros logros ancestrales, asfixiando las más elementales reglas de respeto a la tradición y produciendo un fenómeno de catarsis urbana en la que se sustituye el talante de lo murciano por exigencias mercantiles.

Nos vamos a detener en dos tipos de vivienda rural que indiscutiblemente han sido símbolo de la casa murciana: la *barraca* y la *alquería*. Para sus descripciones nos remitiremos a voces autorizadas que bucean entre lo poético y lo antropológico.

Nadie mejor que Marín Baldó³ para darnos una idea de lo que significa **la barraca** dentro del acervo cultural murciano:

«Desde hace muchos años, no sé cuántos, pero de seguro que se elevará en cifras a tantos que podemos decir “desde hace siglos”, el huertano de Murcia vive con su familia en una habitación llamada barraca, que viene a ser un término medio entre la choza y la casa, participando a la vez de los elementos de una y otra especie de construcción. Estas barracas se hacen hoy del propio modo, con los mismos materiales, formas y dimensiones que las hacían los abuelos y los antecesores de nuestros huertanos contemporáneos.

El progreso en todo linaje de sabiduría, ni los adelantos de todas las ciencias, ni el cambio introducido en las costumbres de los tiempos modernos, a consecuencia de la

³ Marín Baldó, José (Varios autores). *Cuadros de costumbres murcianas*. Murcia, 1879.

civilización, que nos ha traído la locomotora, han podido alterar en nada la planta y el alzado de la barraca murciana.

No tengo necesidad de hacer la descripción de una barraca. Todos los murcianos las conocemos perfectamente en sus detalles exteriores e interiores, porque la fórmula general de estas viviendas se extiende, no sólo al edificio, si tal puede llamarse al que carece de cimientos y se halla cubierto sólo por unas cañas y un poco de albardín, defendido contra todo peligro por aquella cruz de madera colocada en lo más alto de su caballete.

Tampoco creo necesario decir cómo y por quién se construye las barracas. Pero bueno es decir, para los que no lo sepan, que las barracas se hacen por los mismos labradores, que, a su vez, fabrican los adobes para los muros, plantan los girasoles, que nacen y crecen en dos meses, para vender las “coronas” que producen y conservar sus troncos fuertes y ligeros, después de secos, sirviéndose de ellos como maderos de construcción de su armadura. Ellos cortan las cañas y las secan para tejer con sus manos los dos faldones o vertientes de la cubierta, que recubren de los llamados mantos de albardín. No queda ya otra cosa que hacer, para dar por terminada una barraca, que la puerta y algún ventanillo y la cruz, que son las piezas de carpintería de todo el edificio, y éstas, se adquieren el jueves en el mercado de Murcia, y vienen sobre la sarría del borrico que sirve para ir a recoger las basuras de la ciudad, y cuentan estas piezas de carpintería de taller de tres a cuatro duros o, cuando más, cinco o seis. El pavimento se reduce a sentar bien la tierra con un pisón y barraca terminada, para habitarla inmediatamente. No hay que esperar a que el mortero enjugue y se evapore la humedad de muros y pavimentos.

Después viene el hacer un corralillo para los animales de la casa, y los asientos de la puerta, y la hornilla a la intemperie, y el emparrado para los bailes, y la colocación de las tres o cuatro andanadas de zarzos para la cría de la seda, las “lejas” para platos y tazas, sobre el tinajero, y el gancho de madera para la jarra del agua, que se halla destinada al transeúnte que venga a ella para apagar la sed. [...] El mobiliario llamado “el ajuar” de la novia es tan modesto, tan sencillo, como la barraca. Un tablado para la cama, el arca de las ropas, el cucharero, la mesilla en miniatura, dos sillas de goma cuyos asientos se fabrican también por el huertano y una guitarra o guitarro, porque ya se sabe que en la huerta de Murcia hay macho y hembra en esta especie. [...] En el ángulo de la izquierda de su interior, y según el rumbo hay de dos a seis tinajas donde reposa, para beber, el agua de la acequia, pintadas de almagra, con paños de lienzo blanco que las cubren y encima tapaderas de madera blanca por lo regular o pintadas de azul o verde, conforme la posición del huertano lo consiente; sobre el fresco tinajero cierto número de jarras, de boca ancha y agallonada, convidan a beber el agua y por encima dos o tres lejas con guarniciones de madera calada; todavía adornan y cierran hasta el techo aquel ángulo con una porción de enseres de cocina y de servicio de mesa. A la derecha, sin chimenea ni respiradero, está el fogón; un poco más allá del tinajero y en el mismo lado hay una gran arca de madera blanca, con herrajes de refuerzo en los ángulos y levantada sobre cuatro sostenes en la cual se guarda la ropa, los comestibles para el día y éste o aquel instrumento de labranza que se puede perder o que es muy necesario, o de bastante coste. En el último tercio de la vivienda dos sábanas tendidas impiden que se vea el lecho del matrimonio, de los hijos grandes y pequeños y de todos esos, y hasta de algún convidado; las camas son por fortuna tan capaces como altas; cinco, seis o siete colchones de paja, de maíz o de cáñamo las componen, y un tablado gigante, siendo en su mayor elevación de ocho pies, aunque el huertano jamás duerme en ella a no estar

enfermo ni la huertana tampoco si no es en la ocasión del parto, completándose el ajuar con ocho o diez sillas de sogá entrelazada, de poca altura y tosca madera blanca pulimentada por el uso.

Y para que sea aún más manifiesta la eficacia de la tradición oriental en el huertano, al paso que él y sus hijos mayores, mancebos o zagales se sientan a comer a la mesa, pequeña y baja, la mujer y las hijas comen de pie, en el suelo, sobre el arca o andando.

Ellos duermen poco y sobre el duro suelo hasta que no llegan a ser jefes de una familia. Arrostran el frío y el calor abrasador del sol, metidos en el agua para regar sus bancales en invierno y cavándolos y recolectando sus frutos en verano resistiendo aquellos ardientes rayos que elevan a más de 50 grados el termómetro».

El autor, en otro momento de la descripción de la barraca, ratifica su emoción murciana al decir que este tipo de construcción es la vivienda más representativa de la región, y matiza que dentro de la misma comarca aparece otra modalidad que por pertenecer a una clase social más adinerada, disfruta de ciertas comodidades y lujos, así como de una estética más depurada y de más altas pretensiones. Colorista y barroca es la barraca del adinerado murciano en la que se dispone de enseres que no utilizarán jamás, dando un aire de ostentación y supremacía económica sobre el conjunto mayoritario de vecinos en los que todos los elementos de la vivienda huertana tienen una utilidad inmediata:

«El que no conozca las costumbres de la huerta de Murcia y lo que es la vivienda de un rico huertano, difícilmente podrá formarse idea del tinajero y los lebrillos y los paños bordados y el vasal o lejas rellenas de platos, tazas, jícaras, copas y jarros de todos los colores, agrupados en forma tan caprichosa y adornados en día de gala con flores, albahaca, naranjas, limones y calabazas de olor que forman un conjunto de alegría y de limpieza y de buen gusto indescriptibles... Pasando de esta primera habitación a la entrada de la casa, generalmente por debajo de un arco de medio punto, se tiene a un lado la cocina-comedor con su gran hogar y chimenea, en cuyo fondo se encuentran los hierros para colocar la caldera o las sartenes al fuego y en la llamada leja de la campana, un centenar de ollas y cazuelas de barro sin estrenar, formando pirámides armadas con ingenio y buen gusto. En un lienzo de la pared, se halla colgada la batería de cobre, en la que aparece tres o cuatro y más chocolateras, alguna de ellas extremadamente grande, pero así como todos los otros utensilios que venimos describiendo, jamás se usan. Allí están como un adorno y nada más. [...] Dejando a la derecha la gran cocina comedor y a la izquierda la escalera que sube al piso alto, se pasa desde el recibimiento en que está el tinajero al corral donde se halla hacinada la leña de la escarda de las moreras y que ha de servir para el horno y la cocina y la chimenea todo el año. Allí se encuentran algunos aperos de labor y andan como Pedro por su casa las gallinas, las palomas, algunos cerdos o bien una manada de gorrinillos [...] Al fondo del corral las cuadras y por algún rincón, gallinero, palomar, perrera y pajar. En el piso alto hay algunas habitaciones para dormitorios y graneros. Tal suele ser la casa del huertano rico de Murcia».

Carreras y Candi⁴ incide también la geografía humana de Murcia de la siguiente manera:

⁴ Carreras y Candi, F. *Folclore y costumbres de España*. Editorial Alberto Martín. Barcelona. 1946.

«Semejante al tipo de barraca valenciana, aunque más provisional y ligero, es el que se encuentra entre una fecunda vegetación tropical de palmeras y chumberas en las huertas de Murcia y Orihuela, situadas ambas en la depresión del Segura, aguas abajo la segunda de la murciana. El riquísimo suelo de aluvión que la forma y su complejo sistema de riego son causas de que la población sea muy numerosa, estando diseminadísima, alcanzando su máximo en las orillas del Segura, en contraste con lo escasamente pobladas de las sierras áridas del occidente y norte de la Región, cuyas primeras y altas colinas, desnudas, destacan en el horizonte luminoso con perfiles elegantes y suaves. El aire en esas vegas es transparente y cálido; el cielo, de azul purísimo. Hay en la huerta anchas y pomposas higueras; los azarbes y las acequias brillan de agua corredora, que acá y allá se espeja brillantemente entre la verdura, al recibir los rayos vívidos del sol. Un caminejo torcido y pedregoso sube por una montaña, sin árboles, matizada de rastreras plantas olorosas, el romero, el tomillo, el cantueso, el hinojo llenan de un sutil y penetrante aroma el ambiente. De raso en raso quizás haya un macizo de pinos olorosos, henchidos de resina, que susurran a ratos al blando viento.

Las gentes que allí viven son sencillas, afables e inteligentes. Trabajo, perseverancia y modestia: tres palabras son éstas que resumen la psicología del matiego murciano. No hay mejores hombres, mejores ciudadanos, cuando se les trata con lealtad. Pero, ¡tened cuidado con no faltar a vuestra palabra, con no vejarles, con no ultrajar su dignidad caballeresca! No habrá reivindicadores más celosos y terribles de su derecho y de su honor.

Desde hace siglos, estos labriegos viven con su familia en una habitación llamada barraca, que tiene más de choza que de casa. Se hacían hasta el comienzo de este siglo del mismo modo, con idénticos materiales, forma y dimensiones que los antecesores de los huertanos contemporáneos, pero desde sus comienzos, a causa del mejoramiento económico de los huertanos y a la facilidad de los medios de comunicación, han ido desapareciendo y hoy tan solo quedan escasos ejemplares en los lugares más apartados de la huerta.

La planta de las barracas es rectangular, abriéndose la puerta al mediodía. No necesitan cimientos. Se construyen por los mismos labradores que hacen los adobes para sus muros».

Otro capítulo aparte lo constituye **la alquería** o casa popular, común a toda la zona del levante español. Responde a un tipo de arquitectura rural vinculada a la modalidad de propiedad rústica, a los cultivos comarcales, así como a los menesteres derivados de las faenas agrícolas o de pequeñas industrias familiares. Pensemos en la cría de gusanos de seda, los lagares en zonas de viñedo, las almazaras, cochineras⁵, rebaños de ovejas, eras, “pisaores”⁶ para secar el pimentón y todas aquellas actividades que precisaron de una arquitectura doméstica desde las más antiguas sociedades en las que fueron el resultado de la combinación del suelo, el clima y el empleo de los materiales más próximos sin apenas transformarlos. Las viviendas rurales y las condiciones geográficas, naturales y humanas están tan trabadas entre sí y tan íntimamente vinculadas que es imposible analizarlas de manera independiente, lo que ha

⁵ Voz peyorativa y vulgar en castellano, pero de uso frecuente en murciano junto a otros sinónimos como *chinerá*, *churrititi*, *corraleta* o *marranera*.

⁶ En el *Diccionario Popular de Nuestra Tierra*: espacio dispuesto para secar frutos u otros productos, especialmente pimiento. También es denominado *pisaor*, *pisor*, *secaero*, *sequero*.

dado como resultado la llamada Geografía Humana, que no es otra cosa que el estudio de los fenómenos geográficos en los que interviene el hombre. Jean Brunhes⁷ a tenor de esto dice:

«La Geografía Humana es aquélla en que la actividad del individuo como colectivo participa con una serie de hechos infinitamente variables y variados englobados en el cuadro de la Geografía Física, pero que tienen siempre el carácter, fácilmente discernible, de afectar más o menos directamente al ser humano».

Concretamente, la alquería murciana es un tipo de vivienda cuya estructura responde a las necesidades emanadas de la distribución y posesión de las tierras del labriego, así como del cultivo de las mismas, teniendo su origen en la concepción romana de la hacienda en la que originariamente eran edificios aislados en el campo con una sola habitación dedicada a los moradores para estancia y descanso. El resto de la casa rural romana estaba destinado a la intendencia para la explotación agrícola. Todo ello con una perfecta adaptación al medio físico y a las necesidades vitales de sus moradores. Generalmente austera pero adornada exteriormente con zonas ajardinadas donde el árbol constituía un elemento ornamental imprescindible. El ciprés, planta recurrente y simbólica indicaba al transeúnte presencia humana. La habitación murciana equivalente presenta también cierta herencia del gusto musulmán. Influencia de la presencia árabe en la región como es el ribetear de colores las líneas arquitectónicas en el exterior o la preparación del suelo y el uso de poyos en el interior.

La organización de la alquería varía en la Región de Murcia en función de las formas de vida en cada comarca, en la distribución de espacios, orientación, mayor o menor aislamiento de las cabeceras comarcales, y hasta en el colorido de sus fachadas, abundancia de ventanas, puertas o salidas al exterior y a la búsqueda de la luz natural.

En la obra de García Mercadal⁸ sobre la vivienda popular en España se describe así la alquería:

«Llámanse alquería a la casa popular aislada, de labor, propia de parte de la región levantina, en las provincias de Valencia y Murcia. Consta, por lo general, de tres pisos: uno bajo, destinado a vivienda del colono y locales necesarios al cultivo; otro principal, ocupado por la vivienda del dueño, y el último, llamado andana en Valencia⁹, se destina a guardar las cosechas y a la cría del gusano de seda. Su planta es cerrada, sin patio, y su aspecto el de un caserón de blancos paramentos, animados por líneas de vivo azul y emparrados sostenidos por pilares».

Azorín, en un artículo, el cual no ha sido incorporado en ninguna de las recopilaciones que se han hecho de su obra literaria, publicado en ABC del 2 de junio de 1906 bajo el título *Las fiestas en el campo*, recrea su visión de la alquería de esta guisa:

«En este collado, existe una vieja y anchurosa casa; se ven delante de ella unos rotundos y sombrosos olmos; en la casa hay un zaguán espacioso y una desmesurada chimenea de campana; hay también desahogados corrales llenos de averío picoteante y

⁷ Brunhes, Jean. *La géographie humaine*. Paris. 1912. (Deuxième édition)

⁸ García Mercadal, Fernando. *La casa popular en España*. Bilbao. 1930.

⁹ En ciertas zonas de Murcia se denomina *sostre*, *cambra* o *sala*.

cacareador; hay una sombría bodega, con largas pilas de buenos toneles panzudos, y un granero con hondos alhorines; hay una almazara donde en invierno se fabrica el aceite, y un lagar donde se exprimen las azucaradas uvas en otoño; hay un palomar elevado con ventanillos angulares por los cuales surgen hacia el espacio azul las palomas; y hay, en fin, para que los dueños puedan aposentarse cómodamente, unas amplias cámaras, sonoras, con los pisos desnivelados, con unas puertecillas angostas que las comunican unas con otras y, en las paredes, unas viejas litografías que nos instruyen –cosa que ya sabíamos desde niños– sobre los amores trágicos de Matilde, hermana de Ricardo de Inglaterra».

También Azorín¹⁰ alude a la casa de labor del Altiplano murciano, bajo una perspectiva evocadora llena de nostalgia:

«Ya es mediodía. Hemos pasado por delante de una casa de labor y nos hemos detenido. La puerta es ancha; empedrado está el zaguán de menudos guijos, o solado con anchas baldosas; las sillas tienen el asiento de tomiza urdida con esparto crudo. Las mesas son de pino blanco –con redondos nudos rojizos– y una de ellas es bajota, casi terrosa, y en torno de ella, en sillas también bajitas, se sientan nuestros labriegos a comer. Con estos muebles forman concierto los jarros, peroles, cazuelas, picheles en que se cocina o se bebe. Las formas de estos recipientes son armónicas y definitivas; de una vez para todas –revelación de la idea– se han inventado estas rotundidades y estas angosturas del barro y del metal. Repica el almirez; unas palomas entran por la puerta y marchan por el pavimento picoteando entre las piedras. A lo lejos se divisa el verde de los viñedos, el azul tenue de las montañas».

Rafael Torres Campos¹¹, en una carta fechada en 1885 dirigida a un particular cuyo nombre desconocemos, emite una curiosa y espontánea opinión con respecto a la alquería o casa de labriego murciana concretándola en la vivienda rural de Alcantarilla. Texto citado en el tercer tomo de la colección *Folclore y costumbres de España* dirigida por F. Carreras y Candi publicada en Barcelona en 1946 dónde dice:

«Las casas de los pueblos del llano de Murcia –de Alcantarilla, por ejemplo–, tienen huecos por todas partes que las inundan de luz; pueden considerarse como el paso de la calle a los corrales y dependencias interiores. Apenas si hay una habitación recogida donde reunirse la familia. Es verdad que casi no hace falta, se vive en el portal o en la calle, en la hermandad de los vecinos con los cuales hay que pelearse frecuentemente. ¡Qué lenguaje, qué desenvoltura y qué conversaciones las de las mujeres por consecuencia de esta vida de chismorreo! Sus trajes son de mil colores. Los vasares de madera, caprichosamente labrados, están llenos de cachivaches de muchas formas y colores, tinajas pintarrajeadas, lebrillos con figuras, etc. Todo está enlazado por enredaderas que penetran por las ventanas formando un conjunto y decoración admirables».

¹⁰ Azorín. *La Voluntad* (Carros). La Editora. Madrid. 1913.

¹¹ Historiador, geógrafo y pedagogo nacido en Almería en 1853 y muerto en París en 1904. Fue profesor auxiliar de Derecho antes de cumplir los veinte años en la Universidad Central. Miembro de la Institución Libre de la Enseñanza y catedrático de la Escuela Normal Central de Maestras. Entre los muchos cargos desempeñados destacan: profesor del Ateneo de Madrid, Académico de la Historia, Miembro del Instituto Geográfico de Coimbra y profesor de Geografía en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.

Murcia, como región con historia propia, está obligada a reconocer la existencia de una arquitectura vernácula. Premisa que debe arrastrar al compromiso con nuestro acervo cultural, obligando a llegar a un acercamiento, y si es posible fusión, entre los esquemas que actualmente rigen las nuevas tipologías de la construcción y el génesis de la vivienda rural murciana adecuada a los espacios y al entorno, en armoniosa integración.

Febrero 2006